

“LAS ARRAS DEL ESPÍRITU EN NUESTROS CORAZONES”

Efesios 1:13 En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.

2 Corintios 1:21 Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, v:22 el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.

Según estos versos, el proceso por el cual se da el nacer de nuevo, es cuando oímos, creemos y somos sellados por el Espíritu Santo. 2a Corintios agrega algo más: ***“nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”***.

Aunque nosotros somos tripartitos: espíritu, alma y cuerpo, en el día de la regeneración, es decir, el día que creemos en Jesús como nuestro Salvador, Su Espíritu Santo se aloja en nuestro espíritu, sin embargo, a nuestro corazón llega como arras (prenda o garantía).

Las arras, en términos más comprensibles, es como cuando el novio le entrega a su prometida un anillo de compromiso, es la garantía de un pacto. Entonces, en la carta a los Efesios el Apóstol Pablo nos dice que el Señor hace una operación de manera que todos los que crean en Jesús puedan recibir el beneficio de tener la Vida Eterna, pero también nos garantiza que lo que empezó lo va a terminar.

El Señor ocupó al Espíritu Santo para darnos la impronta de Su Vida, nos selló para Él, ahora somos propiedad suya, desde el momento en que creímos Su naturaleza fue depositada en nosotros. Lo glorioso es que junto con Su Vida, también tenemos la garantía que Él se ha de desarrollar en nosotros; es a causa de tener tal garantía en nuestros corazones, que podemos disfrutar “ahora” lo que tendremos eternamente.

Hay una parábola muy conocida por muchos: La del hijo pródigo (Lucas 15). En resumidas cuentas, sabemos que el pródigo salió de casa porque no disfrutó de la comunión con el Padre; el otro hermano se quedó en casa, pero se amargó contra su padre porque todos los años que estuvo en casa nunca pudo disfrutar todo lo que tenía en la casa de su padre. En esta parábola el Señor nos muestra como muchos creyentes pueden convertirse, literalmente, en hijos pródigos, o quizás peor, en los hermanos del hijo pródigo.

Hermanos, muchas veces los creyentes no disfrutan lo de Dios, les pasan los años y las cosas de Dios no los llenan de gozo, es allí cuando algunos se vuelven al mundo, y otros aunque se quedan en la Iglesia, viven amargados en un Evangelio legalista. ¿Por qué sucede esto? Porque olvidan que el Espíritu Santo es el garante de la Vida de Dios en sus corazones. El Espíritu no sólo quiere darles testimonio a sus espíritus de que son Hijos, Él también quiere llenar de gozo sus corazones. El disfrute de la herencia que Dios nos ha dado sólo la disfrutaremos en nuestro corazón.

Dice **Efesios 3:16** “...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; v: 17 para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”.

La manera de tener en experiencia la Vida del Señor es siendo fortalecidos en nuestro espíritu (el hombre interior), para ello necesitamos tener contacto con el Señor. Si nos exponemos delante de Él con sencillez y humildad, Su Espíritu también invadirá nuestros corazones. Por un lado, debemos disponernos, fortalecernos y enriquecernos en Su presencia, así nuestro espíritu se llenará de Él; por otro lado, debemos quebrantar nuestro corazón para que no se endurezca, sino sea un corazón de carne. Si no nos volvemos de todo corazón al Señor, la experiencia de la Vida será nula.

Hermanos cuidemos nuestro corazón, porque se endurece por causa del pecado, por no ajustarse a la justicia divina, por no caminar conforme a los deseos de Dios, etc. Dios necesita un pueblo con un corazón quebrantado, sólo así disfrutaremos lo de Dios, y por ende, seremos usados por Él. Echemos mano de lo que es Cristo para nosotros, Él **nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones**”.